

Ayer en el Ateneo

Irónico y erudito, don Rafael Picavea se ocupó del señor Pradera y del problema monetario

En el ciclo de conferencias sobre el problema monetario, tocaba ayer el turno en el Ateneo a don Rafael Picavea, que tenía pedida la palabra y hasta deseaba afrontar una controversia con el señor Pradera, por el cual había sido aludido en su conferencia de la semana pasada.

La relevante personalidad del conferenciante y la perspectiva de una interesante polémica sobre un tema que, a pesar de su aridez, va quedando al alcance de todas las inteligencias gracias a la vulgarización ateneística, había atraído numeroso público al salón de conferencias de la culta sociedad.

Se frustró la polémica —la inmediata por lo menos— porque el señor Pradera no ha regresado de Madrid. Pero oímos una conferencia muy documentada, que ha tenido la virtud de aumentar nuestra atención sobre el tema monetario.

Presentó al conferenciante el presidente del Ateneo, Dr. Ayestarán. Dedicó grandes elogios al claro talento y al relieve personal del señor Picavea y exponiendo los deseos de éste, invitó a los oyentes a que tomaran parte en la controversia.

LA CONFERENCIA DEL SEÑOR PICAVEA

Empezó el señor Picavea recordando su polémica de Prensa sobre el tema de la conferencia con el señor Pradera, al que dice que profesa un gran cariño y estimación personal, porque le hace gracia su desenvoltura, su discrepancia traviesa en todas las cuestiones y su gran potencia imaginativa.

Se refiere luego al incidente de la última conferencia. Yo creí —dice— que el señor Pradera me desafiaba y que quería reverdecer sus laureles de la polémica de este verano. Como tengo nervios, tuve que contestarle para aceptar el desafío. No vengo hoy, por lo tanto, a romper cañas de adorno como don Nufío, sino a recoger su reto, ya que éste no es una capilla, sino una tribuna de pública discusión.

Expone luego su opinión de que, siendo magnífica la labor que está haciendo el Ateneo con sus conferencias, adolece de excesiva tuesura. Se oye a los oradores con excesiva complacencia y se les aplaude invariablemente, aunque luego, al salir se diga que no se ha entendido una palabra.

Dice que hay además entre los socios del Ateneo muchas personas que podrían dar conferencias, jóvenes sobre todo, que están deseando probar sus méritos y hacer sus primeras armas. Cree que de estas conferencias semi-familiares, en las que cabría la controversia y se cambiarían opiniones, surgiría más provecho. Se ofrece él mismo a ser el introductor y a dirigir, en cierto modo, estos debates.

Promete hablar familiarmente, de modo que todos le entiendan, sin necesidad de empezar, como Pradera, asegurando, aunque sea con todos los pedones, que ninguno de vosotros sabéis lo que es la estabilización. Sin embargo, ello no sería ningún desdoro. Menéndez Pelayo le dijo a él una vez que de asuntos financieros no entendía una palabra. ¡Y era Menéndez Pelayo!

Entrando en materia dice que la moneda no es una riqueza, es un instrumento. Aristóteles la definió para favorecer el cambio.

De una manera un poco irónica y alusiva, dice que no pretende hacernos la historia de la moneda desde el famoso "Moneta", templo de Juno, pasando por Aristóteles, hasta llegar a Urzaiz.

Fue la moneda en los primeros tiempos un pedazo de caña hueca, de oro, de cuero o de madera. Moneda fueron los bueyes y las vacas. Homero dice que la armadura de Diomedes costó nueve bueyes y la de Glauco 100. En Oyarzun existía no hace muchos años aún la moneda mercancia: la mouturación se pagaba en los molinos con un celemín de trigo o de maíz; los casheros pagaban a los curas las misas de difuntos con celemíns de grano y con patas de cerdo. Adivinaban los casheros —dice el señor Picavea— que las patas de cerdo condimentadas en la excelente cocina del convento, eran un exquisito manjar, sobre todo si el que las condimentaba había sido cocinero antes que fraile.

Pedro Manuel, el matarife de Oyarzun, cobraba por la matanza el rabo del cerdo. Bien es verdad que el rabo llevaba adherida una buena cantidad de tocino. La Josepha Anxoni se le quejó un día. El matarife se llevaba cada vez más tocino con el rabo. El lo explicó: —"Es que cada vez la vida está más cara,

Joshepa. Pedro Manuel fué un precursor de Cassel.

Los reyes, al faltar el metal que constituía las monedas, disminuían su peso, conservando su valor nominal. Esa revalorización es la que hacía Pedro Manuel. Mussolini le ha quitado peso a la lira. Si Mussolini fuera matarife, se hubiera seguido llevando siempre el rabo, pero cada vez con más tocino.

La definición de Aristóteles —si-gue diciendo el conferenciante— resultaba falsa, porque no siempre se puede, por ejemplo, comprar queso con maíz. Por eso la civilización inventó un instrumento intermediario para efectuar las compras, es decir, la moneda actual, dividiéndola y subdividiéndola hasta cantidades centesimales.

Al principio la moneda fué de metal, con un valor meramente intrínseco, puesto que aún no se conocía el crédito. Pero luego el metal adquirió mayor desarrollo y llegó a formar una sola entidad económica; las naciones se encontraron con las dificultades que ofrecía la diversidad de monedas y empezaron a usarse los cheques, las letras; necesitaron mucho oro para sus gastos y como era imposible pagar en oro tal cantidad de millones y millones, se introdujo el papel moneda, los billetes.

Esta fué —dice el señor Picavea— la verdadera razón de la creación de los billetes y no el que las pesetas no se puedan llevar cómodamente en el bolsillo, como decía el señor Pradera.

Habla luego de la creación de la Unión Monetaria latina, que pensó en hacer una moneda común, y de la ley que salvó a Francia, haciendo una emisión de papel con la garantía del Estado. En este punto alude a la inculpadura de mal pagador que al Estado hizo el señor Pradera. El Estado paga mal —dice el señor Picavea— cuando no tiene dinero, como hace todo el mundo. Pero ya quisiera ser yo siempre un fuerte acreedor del Estado.

Explica a continuación la creación de la moneda fiduciaria. Se pensó que para crearla, era preciso que el Banco emisor tuviera como garantía las cuentas corrientes y los depósitos particulares. Pero como podía ocurrir que en un momento determinado se pidiera en las ventanillas cambio, era preciso que el Banco tuviera también oro y plata para estos casos. Se convino en que la moneda de plata tuviera tantos gramos de peso, es decir, una relación de 15 1/2 piezas respecto a la misma moneda oro. El papel moneda emitido debería tener, como garantía, un 40 % de su valor en reservas oro. Los billetes que tuvieran esta reserva, podrían cambiarse a la par.

Con este sistema bimetalista, se siguió mucho tiempo, pero empezó a faltar al sufrir oscilaciones el oro y la plata y desarrollarse la especulación.

Aquí alude el conferenciante a la idea expuesta por el señor Pradera, de que cuando el oro valía más, los extranjeros se llevaban nuestra peseta oro y nos dejaban la plata, ocurriendo así que la moneda enferma desplazaba a la sana, como ocurre en la vida social con las personas. De aquí la teoría de que los americanos y franceses, al hacerse la estabilización, se llevaron nuestro oro.

¿Para qué se lo han de llevar —dice el señor Picavea— si lo tienen ellos a manos llenas? Eso ocurría antes, cuando el sistema bimetalista daba lugar a la especulación y los conocedores de las finanzas sabían aprovecharse de las oscilaciones monetarias.

Ni aún en el caso social dice que tiene razón el señor Pradera, pues si en el paseo puede ocurrir que tengan que marcharse las señoras honradas por no alternar con las otras, tal está hoy la juventud masculina, que le gusta más quedarse con éstas.

Después de otras alusiones al señor Pradera, el conferenciante se fija en el hecho de que la peseta está enferma a pesar de que tiene en el Banco el 40 % exigido de convertibilidad, y pasa a examinar las distintas teorías que se han ex-cogitado para explicar esta enfermedad de la peseta.

Se detiene primeramente en la opinión universitaria. El primer sustentador de esta opinión ha sido el señor Baños, catedrático de Economía de la Universidad de Santiago. Según tal opinión, la enfermedad de la peseta se debe al exceso de exportación. Puede contestarse que ahora la exportación es bien pequeña y sin embargo la peseta está más baja que nunca. Aunque la exportación

fuese mucho menor que la importación, seguiría en baja la peseta. En todo caso, si nuestra moneda es oro, no disminuirá su valor. Los que dicen lo contrario se refieren al sistema monetario anterior.

Pasa luego a la teoría cassellista. Para Pradera —dice el conferenciante— la teoría es nefanda, porque la ha sustentado Cambó. El cree todo lo contrario y con tal motivo dedica un gran elogio a la preparación y ponderación de los catalanes en todas las cuestiones en que intervienen. Cree que les debe esa justicia ante el gesto despectivo del señor Pradera y asegura que Cambó es una de las primeras figuras nacionales y uno de los que han poesto el dedo más cerca de la llaga en el problema de nuestra moneda.

Cassel dice: La moneda vale más o vale menos, según la cantidad de cosas que se puedan adquirir con ella en otro país en comparación con las que se puedan adquirir con la moneda de este último.

Un ejemplo: Si con un franco puedo adquirir una docena de huevos y con una peseta lo mismo, ambas monedas están a la par.

Al llegar aquí, al señor Picavea se le ocurre que puede hacerse una objeción a Cassel. El se la hará con todo el comedimiento, ya que tampoco el señor Pradera vaciló en proclamar a Carlos Marx adversario suyo.

Supongamos —dice— que en una tribu del Africa tengan una moneda consistente en una piedrecita con un signo cualquiera infalsificable. Con ella se pueden adquirir en la tribu, una gallina, un queso, una docena de huevos, etc. Un día aterrizó allí, por casualidad, un aviador y el indígena se va en él a Londres a comprar unas golosinas. Vende allí previamente la gallina, etc., y le dan por todo una libra esterlina, con la cual no sólo puede comprar la golosina, sino otras muchas cosas. Se enteran los otros indígenas y empiezan a hacer el mismo negocio. Entonces, según la teoría de Cassel, la piedrecita africana está a la par con la libra.

Supongamos ahora que en esta razón estalle una guerra y queden interceptadas las comunicaciones comerciales. Un judío que en Londres tenga muchas piedrecitas africanas, a fuerza de haber embarcado a los incautos indígenas de aquella tribu, es como si no tuviera nada. Las piedrecitas habrán perdido su valor, pero la libra no, porque tiene su valor intrínseco. De aquí es que haya que hacer a la teoría de Cassel una corrección en su aplicación, como ya se la hace Cambó.

Pasa luego a examinar la opinión del señor Olariaga, profesor de los que más acertan en la materia, según el conferenciante.

No coincide con él en la etiología; pero sí en el remedio de la estabilización.

Pradera —dice— atribuía la baja al des crédito político, a los presupuestos desastrosos, al déficit. Londres tiene en su Banco solamente el 30 % de convertibilidad en oro; nosotros tenemos el 55. ¿Por qué hemos de tener la moneda en baja? Fue inútil —dice Picavea— que yo le dijera: Lo de Londres es lo que tiene a la vista, pero tiene hasta la paz por la garantía de su Estado. No tiene en el Banco más que el 33 % porque le basta para sus cambios; si no le bastara, tendría más. En España no tenemos el crédito del Estado, porque el Gobierno no garantiza la moneda. Quien la garantiza es únicamente el Banco, con una seriedad indiscutible, es verdad, pero con la singularidad, bien española, de que solo concede créditos a quien no los necesita, que son los que tienen dinero.

Aseguraba Pradera que la causal, y yo digo —añade el conferenciante— la baja era el des crédito nacional —que ésta es mera cuestión monetaria, que el origen de la baja es la indole de la moneda.

Para confirmar esta opinión, lee el señor Picavea unos datos, por los que se ve cómo nuestros presupuestos van mejorando paulatinamente, hasta llegar al superávit y cómo los gastos del Estado no son grandes, sobre todo si se comparan con los de las demás naciones.

Otro motivo de la baja de la peseta dicen que es el que el Banco tiene muchos créditos contra el Estado. Esto, dice el señor Picavea que habría de ser en el sistema antiguo, pero ¿qué representan ahora los 250 millones que el Estado tiene recibidos del Banco, teniendo en cuenta sus 6.000 millones de activo? Cualquier nación debe mucho más al Banco emisor.

El Banco, por otra parte, le debe cantidad parecida al Estado.

Desechadas las teorías contrarias, el señor Picavea entra en su explicación de la enfermedad de la peseta, coincidiendo, según dice, con Cambó, Ventosa, Olariaga, Cristóbal Maso, Lumbier y los autores extranjeros.

Explica cómo antes, rigiéndonos por la Unión Monetaria Latina, bastaba tener en el Banco el 40 % de encaje oro respecto del papel, para que cualquier moneda fuera considerada a la par. Pero llega la guerra; viene el desastre del marco y ocurre con el franco algo parecido y se acabó la fiducia, la confianza. Cada nación tenía el crédito para sí misma, para las demás la había perdido. Se desató entonces la especulación, jugando a la moneda.

En estas circunstancias las naciones que tienen fijado el valor en oro de su moneda, están en situación ventajosa. Saben lo que les puede costar todo lo que compran en el extranjero. Nosotros no lo podemos saber por que compramos con plata y no podemos hacer el presupuesto de ninguna obra, ni de ninguna compra, por que el precio oscila.

Ahora bien, si tenemos tanto oro, ¿por qué no vamos a la paridad?

Es —asegura el señor Picavea— que no tenemos oro.

Nuestro sistema monetario está fijado por la ley de Fuiguerola, bimetalista, y no sé que en ninguna ley posterior se haya dicho que España adoptaba el sistema monometalista. Por la ley de ordenación bancaria de Cambó se prohíbe al Banco hacer su oro. Luego el Banco no está obligado a pagar sus billetes por oro. En cambio la ley de Fuiguerola dice que los billetes podrán ser liberados por duros plata. Es decir, que los duros tienen un poder liberatorio total. Como por otra parte sabemos que el Banco no puede tocar el oro, sólo está obligado a dar pesetas plata con su afección actual.

¿Para qué es entonces el oro? La ley dice que para garantizar la circulación de los billetes el Banco tiene que tener un tanto por ciento de oro. Ahora bien, como para liberar los billetes solo se exige plata. Luego el oro es la fianza con que el Banco garantiza el cambio de billetes por plata.

Según eso, supongamos que un día el Banco no tiene plata bastante para sus cambios. ¿Qué hará entonces? ¿Pagar oro? No. Comprará con un puñado de oro toda la plata que necesite y lo demás lo dejará en la caja.

Por lo tanto la peseta no podrá ser moneda oro, pues éste está sólo para la circulación de los billetes.

Y ¿cómo queréis que los extranjeros, que saben que nuestra moneda no es más que plata despreciada, nos den por ella oro a la par?

Vista la enfermedad, vengamos al remedio. Este, según el señor Picavea, será convertir los billetes en oro parcialmente, es decir, cambiarlo sólo en oro los billetes que deben ir al extranjero para pagos de compras. Con esto no haremos más que establecer las normas que ya tienen establecidas las demás naciones, fuera de algunas como Turquía y Portugal.

La estabilización no es quiebra. Algunas naciones quebraron y como no podían comprar oro, primero liquidaron la quiebra y luego fueron a la estabilización.

En Francia coincidieron ambas cosas. Y por ello dice Pradera que fué una quiebra disimulada. Cita unas palabras de Poincaré, en que éste dice que el franco valdrá al día siguiente de la estabilización lo mismo que el anterior.

El caso de España es éste:

El mal existe. El Banco dice: Hoy no tienen derecho a recibir oro por pesetas, pero desde mañana tendrás oro a precio fijo para comprar divisas y hacer compras en el extranjero.

Habló luego de la opinión expresada por Pradera, diciendo que se debe suprimir la mitad de nuestros 4.000 millones de pesetas papel para tener oro a la par con los billetes.

Peró es que ese papel —dice el conferenciante— lo necesita la nación. Mejor es que con lo que el Estado había de gastar en liberar esos billetes y luego quemarlos, compre oro, con lo cual llegaríamos asimismo a la par. Suprimir la mitad de los billetes es anular la vida nacional, que necesita de ellos para sus operaciones.

Dice luego el señor Picavea que le ha dolido que el señor Pradera hable de franchutadas, al referirse a la estabilización. Me ha dolido —dice— esta palabra despectiva para designar ese gasto gigantesco que hizo

Felicitación al R. P. Gil

Queridos compañeros: Habéis correspondido con vuestras firmas y vuestro óbolo para la felicitación del P. Gil: con ellas se ha confeccionado un hermoso álbum que lo encabeza la siguiente carta, que os prometimos la leeríais:

"Queridísimo P. Gil:

Con mezcla de alegría y tristeza recibimos el día 30 de noviembre de este año; de alegría, porque nos depara la ocasión de poder comunicarnos con V. R. y mostrarle una vez más nuestra simpatía y afecto incommensurables; de tristeza, porque no es lo mismo felicitarle personalmente que por escrito, y viene a nuestro recuerdo las escenas por que pasábamos en tal día, estando en ésta de residencia; por la víspera se conocía el día: nos preparábamos con la confesión, para el día siguiente ofrecer nuestra Comunión al Divino Niño Jesús de Praga, pidiéndole muchos años de vida para nuestro amantísimo P. Gil, y no se nos ocurrió nunca pedirle que no se separase de nosotros; comulgábamos y después bajábamos por una perra para salir por otra, no sin antes recibir de vuestras manos bondadosas un apretoncito en la cara y el regalito consabido.

¡Qué pena este año cuando vayamos a ofrecer la Sagrada Comunión (que la ofreceremos pidiendo muchas cosas), y de la Sagrada Mesa nos tengamos que volver a vuestras casas, sin cantar, sin verle, sin pasar un ratito con nuestro Padre niño Gil! En espíritu, amantísimo Padre, lo veremos en el altar y de V. R. nos haremos cuenta recibimos a Dios Nuestro Señor: no dudamos que a V. R. le pasará lo mismo. Véanos sí, en espíritu y pida mucho para que seamos muy buenos y que siempre queramos mucho, mucho a nuestro inolvidable P. Gil.

Juntamente con la felicitación más efusiva de todos los niños de San Sebastián le enviamos un pequeño recuerdo un álbum con miles de firmas, vea en cada una de ellas un corazón ardiente de amor por V. R. en pago de los desvelos que tuvo para santificarnos y de las caricias y besos que nos distribuyó a todas horas.

Un ruego de una pobre madre.— Al presentarse a firmar en uno de los colegios con dos hijos pobrecitos vestidos, rogó le hiciésemos saber que sentía no disponer más que de cinco céntimos por cada hijo para engrosar la suscripción; que no olvidaría nunca el rasgo que tuvo V. R. de ir con sus dos hijitos a una zapatería, al verlos descalzos, y mandarles calzarse unos zapatos; que ruega y seguirá rogando mientras viva por V. R.

Un abrazo muy fuerte de los niños donostiaras

Firmas? —Las del álbum.

Se ha adquirido un precioso cáliz con la dedicatoria grabada "Los niños donostiaras al R. P. Gil."

La misa que celebre en su residencia de Villafranca (Navarra), el citado día 30, será abonado por nosotros el estipendio y, por lo tanto, celebrada a nuestra intención. ¡Cómo va a pedir por todos!

Se ruega comulguéis todos dicho día, recordando que es el cumpleaños de nuestro querido P. Gil. Nos lo han ofrecido hacerlo así varios colegios en sus capillas.

Muy reconocidos quedamos,

LA COMISION.

Norberto Echart, Antonio Cruz, Innocencio Saizar, Emilio García, Vicente Nogal, Jesús Zugarrondo, Jesús Aramendi.

Francia, que después de dar su sangre, dió su oro para salvar a sus hijos. Dedicó grandes elogios a la actitud de Francia en este caso, comparándola con la de Alemania en el desastre del marco. Y dice que no fué Francia la primera nación que estabilizó la moneda, sino que hace el número 37 entre las naciones estabilizadoras. Y ¿cómo puede decirse que estaba quebrado Suiza, que lo estaba Suecia, que lo estaba Dinamarca, etc. etc.?

Son ya más de las nueve, y el señor Picavea dice que no quiere ya seguir hablando, aunque tenía que exponer todavía la teoría moderna de Irving Fish, que expondrá otro día.

Recoge el chiste que le dedicó el señor Pradera a propósito de la penumbra del salón, mientras aseguraba muy convencido que él traía en la mano la bujía para alumbrarle y termina dedicándole la siguiente copia bilbaína, que le parece muy aplicable al caso:

Al farol de Artacalle le han quitado el gas.

El farol de Artacalle no alumbrará más.

Se rió la ocurrencia y el señor Picavea fué muy aplaudido.